

# LA DUQUESA ROJA, DESTIÑE



La duquesa a la salida de la cárcel de Alcalá de Henares. Un año de condena por manifestarse contra la bomba de Palomares.

B

Por Arcadio Espada

No sé si fue a causa de los numerosos whiskies y cervezas por los cuales la duquesa de Medina-Sidonia hizo transcurrir el hilo de nuestro diálogo, pero lo cierto es que nuestra entrevista cabalgó a menudo, entre la tontería químicamente pura y la ironía más sutil y agazapada.

Con la silenciosa y heroica compañía de dos mujeres, en un desvencijado salón claro y amable de su piso madrileño, Luisa Isabel Álvarez de Toledo y Maura hace notables esfuerzos por no perder el tren de la historia, aunque se apresure a declarar que no le mueven ambiciones de ningún género. Y resulta conmovedora la valentía con que se enfrenta a la dialéctica compleja de un proceso político que no ha acabado de entender en su totalidad. A donde no llega la posibilidad de la razón, llega el agujereado salvavidas de un escepticismo fingido y hasta doloroso, al que se le ve bien pronto la

cola de trapo; a donde no llegan sus 67.000 pesetas anuales de renta, llega la venta progresiva y en pequeñas dosis de un terreno heredado de su padre, y como si todo ello no bastara, Luisa Isabel nos ha ofrecido nada más entrar una generosa, considerable, ración de whisky escocés, mientras consumía impertérrita, una tras otra, las hervidas cervezas que Gloria — una gaditana de ojos negros — le llevaba hasta su mesa.

**P**articularmente, siempre me ha sonado, lo de «duquesa roja», a música celestial. Tu entrada en UCD parece confirmar esta impresión antigua.

—Para comenzar, lo de «duquesa roja» se lo inventaron los de ETE cuando me detuvieron a raíz de lo de Palomares. Bien, no he sido comunista nunca, conozco el marxismo y no soy marxista porque no me gustan las dictaduras y si tú aplicas el marxismo, inevitablemente te sale una

«El Estado somos nosotros, si no queremos que nos coman los gangsters o la mafia que están ya ahí»

dictadura que interviene, incluso, en la vida privada del individuo. En cuando a lo de UCD, debo decir que yo no soy de UCD. No me hubiese importado colaborar con el equipo Suárez y su gente, porque están haciendo, creo, lo único que se puede hacer. Ahora, en UCD hay mucho gangster, mucho arribista y hay poco bueno y ese poco bueno es socialdemócrata. Si UCD fuese ese partido sin ideología, pragmático, socialista en la forma, (quiero decir socialista en el sentido de sacrificar ciertos principios de la minoría a la mayoría), pues bien, si fuese ese partido, yo no tendría ningún inconveniente, pero con la tara heredada del antiguo régimen, no creo que tenga mucho que hacer.

—Eso de la ideología, francamente, no lo entiendo.

—Voy a tratar de explicártelo... Si se tiene una ideología, se tiene un cañamazo bordado al cual hay que seguir el dibujo. Sin embargo, si se tiene un cañamazo limpio, las cosas varían. Si se tiene una ideología, por ejemplo, se aplicarán las mismas soluciones a distintos problemas industriales. No se puede tratar de la misma forma a una empresa en crisis, que no tiene mercado o falta de capital, que a una empresa que tiene mercado abundante y que tiene un problema de tesorería. A cada una de esas

empresas debe aplicarse un remedio distinto. Eso lo puede hacer un partido pragmático.

—¿Cuándo pintabas «yankis go home», en Rota, tampoco te sentías condicionada por una ideología?

—Yo no he pintado nunca eso, más que nada porque no sé pintar. Pero bueno, he escrito algo sobre el asunto, una novela, incluso, que me trajo muchos problemas. La base. Y, efectivamente, no es agradable tener bases extranjeras en tu país. No me hizo gracia la ocupación de Rota ni me hizo gracia la de Torrejón, pero es evidente que vivimos en un mundo bajo la influencia de dos potencias. Nosotros tenemos bases americanas y los países del Este y alguno africano las tienen rusas. Es decir, que los pequeños países tenemos que tragar con las bases.

—En la pequeña conversación que hemos mantenido antes de empezar has aludido, aunque someramente, a la falta de una responsabilidad individual en el gobierno de la colectividad.

—Sí, los españoles estamos acostumbrados, desde el tiempo de la dictadura, a pedir muchas cosas al Estado al Estado se le pide esto, al Estado se le pide lo otro, etc., y ahora, en la democracia, debemos tener conciencia de un hecho: el Estado somos nosotros, si no queremos que nos coman los gangsters o la mafia que están ya ahí, ¿comprendes?

—En el Estado, vaya...

—Están ya en el país. No quiero señalar, que cada cual mire. Bueno, para evitar esto hace falta que cada ciudadano, en su situación, sea capaz de autogobernarse y de participar, en plano de igualdad, en las tareas colectivas. Por ejemplo, un obrero pide más salario: me parece perfecto si la empresa lo quiere dar o mejor si lo puede dar. Sin embargo, me parecería mucho mejor que ese obrero al pedir más salario fuera capaz de leer los libros de contabilidad de la empresa, analizar la situación en la que se encuentra... porque hoy le das a un obrero el libro mayor de una empresa y no entiende una palabra...; tiene que estar al tanto de la gestión empresarial, tener un informe de lo que decide el Consejo de Administración y poder criticar las decisiones. El obrero debe dejar de hacer el niño chico que pide más comida, o lo que sea, debe ser un niño grande que conoce la economía familiar.

—A mí eso me parece de una ingenuidad espléndida, precio-

sa. Eso por lo menos. En primer lugar, muchos obreros pueden leer los libros mayores y si no pueden hacerlo tienen las centrales sindicales para asesorarles.

—Es que eso no me vale. Tienen que ser todos...

—Pero, ¿cómo van a ser todos, si tenemos el país en pañales?

—Pues que intervengan los partidos, que se dediquen a hacer cursillos de formación en lugar de otras cosas.

—Tú habrás trabajado poco en una fábrica, claro.

—Mira, no he trabajado pero sí sé cómo funciona desde el otro lado. Lo que yo quisiera es que el señor que está trabajando en carne también conociera los problemas del otro. Y quizás así les fuera mejor a los dos.

—Vaya, vaya, la famosa armonía de clases...

—No es una armonía de clases. Esto que digo puede permitir al obrero tener unos salarios más altos y unas mejoras importantes. No es la armonía de clases, hay que sacar al país adelante y el país no se saca adelante si no se unen dos cosas...

—¿Trabajo y capital?

—Dinero y trabajo, claro. Conozco directores de empresas que de opresores no tienen nada, de la misma manera que conozco a oprimidos... por ejemplo, una viuda sevillana

«El obrero debe dejar de hacer el niño chico que pide más comida, o lo que sea, debe ser un niño grande que conoce la economía familiar»

que heredó una fábrica de loza de su marido y los obreros la hicieron quebrar. ¿quién es ahí el opresor y quién el oprimido? Ahora, por si quieres saberlo, está de costurera.

—Hay que ver qué malos son los obreros...

—Hay de todo, como en botica. Ahí es donde tú eres clausista, que crees que unos son muy buenos y otros son muy malos. La cosa es simple: ¿hasta qué punto podemos considerar como perteneciente

a una clase oprimida a un señor que sólo espera la oportunidad de convertirse en opresor? Como el señor Banús, el señor Balañá, catalán, que dejaron hace mucho tiempo de pertenecer a la clase de los explotados, o el señor Breznev que, por cierto, según la prensa francesa, tiene un coto de caza en África.

—Creo que tú no has digerido bien el ser a un tiempo «duquesa roja» y...

—Lo de «duquesa roja», repito, no lo he inventado yo.

—Bien, en todo caso, así se te ha llamado.

—Y ¿qué quieres que haga? ¿que vaya matando a cada uno que me llame algo? También me han llamado muchas veces hija de puta y no por eso he matado a nadie.

—Bueno, a lo que íbamos, yo decía que tú tenías un empacho considerable.

—¿No tendrás tú empacho de marxismo?

—No, no, seguro que no, mis conocimientos sobre el marxismo no permitirían la indigestión, tenlo por seguro. Yo creo que la duquesa de Medina-Sidonia, ha reencontrado nuevamente, en su aristocracia, un empacho de escepticismo barato...

—Perdóname un momento...

Vamos a ver ¿cuál es tu concepto sobre la aristocracia? porque los periodistas tenéis un concepto divertidísimo sobre las cosas. Primero se me habla de la clase aristocrática. La clase aristocrática no ha existido nunca en la vida. Para que una clase exista es necesario que defienda conjuntamente sus intereses de clase.

—Sería discutible eso...

—Si lees a Marx y vas al fondo de sus planteamientos verás cómo los capitalistas y obreros defienden sus intereses conjuntamente. Luego, ésta es una cualidad inherente a la clase y necesaria para su existencia. No tienes más que leer a Marx.

—¿Y aquello de lumpen-proletariado? No todos los obreros defienden sus intereses de clase y, sin embargo, es notorio que existen como clase.

—Bueno, éstos son los marginados, que pueden ser utilizados por la burguesía. Todos conocemos eso y yo también lo conozco, seguro.

—No, no, si no te estoy haciendo un examen de marxismo.

—Y si me lo hicieras, seguramente les haría un buen corte de mangas a muchos marxistas. No ser una cosa, no te impide, desde luego, conocer-

la. Bueno, sigamos. La aristocracia nunca ha defendido sus intereses de clase. Se han estado pegando tortas toda la vida y es una clase ficticia. ¿Qué diablos es, entonces, ser aristócrata? No hay una conducta, una manera de pensar aristocráticas, existen una serie de señores y señoras que se ponen joyas y se llaman aristócratas pero nada más. Son burgueses titulados al fin y al cabo.

— Siguiendo con lo del escepticismo ¿querría plantearte otra cuestión que puede estar muy relacionada con él: el auge del fascismo.

— Bueno, el fascismo es un

«¿Hasta qué punto podemos considerar como perteneciente a una clase oprimida a un señor que sólo espera la oportunidad de convertirse en opresor?»

complejo fenómeno de los años treinta que ahora parece experimentar un cierto renacimiento. El otro día mismo en Santoña. Blas Piñar reunió a siete mil personas cuando ni en la propia vida de Franco logró reunir a más de trescientas. Ni él mismo podía creérselo.

— En vida de Franco se reunían muchos más en la plaza de Oriente.

— Pero Franco no era Blas Piñar. Para los españoles era un militar metido en política que dirigió el país como un cuartel y le funcionó, puesto que murió en la cama. Que no se nos olvide que murió en la cama por mucho que se movió la oposición, por mucho que nos movimos todos. Este señor se quedó hasta que Dios se lo quiso llevar. Y si lo tienen metido en un pulmón de acero, ahí sigue y no cambia nada. Hizo una cantidad de bestialidades en su vida, de economía no entendía una bendita palabra...

— Bueno, pero para eso ya estaba López Rodó...

— Mira, no me hables de López Rodó porque voy a soltar una cosa muy gorda. Me recuerda a MATESA, me re-



La vista ante el Supremo tuvo varias sesiones. El recurso contra el TOP fue desestimado.

cuerda a COCA y me recuerda a muchos otros escándalos que están por estallar. Mejor no hablemos de López Rodó. Siguiendo con lo de Franco hay que decir que él, al fin y al cabo él, ha situado muy bien a sus hijos por ejemplo, en UCD hay muchos casos, como el del senador Portillo por Cádiz, que primero dijo que iba a presentarse en las listas de Alianza Popular y que cuando vio cómo estaba el panorama se largó al centro. Mira, dejémonos de tonterías, lo que España necesita es una sociodemocracia de verdad, pragmática, sin ideología, que pueda llevar al país a unos niveles de estabilidad social que no ha conocido en los últimos años.

— Sin ideología, claro, te apresuras a matizar.

— ¡Qué pesados, todo el mundo hablando de la ideología! Hay una especie de obsesión por el tema ideológico y desde luego es comprensible. De todas formas, a lo que yo no pensé que se llegaría nunca es al caso de Francia

«Si lees a Marx y vas al fondo de sus planteamientos verás cómo capitalistas y obreros defienden conjuntamente»

donde una conocidísima editorial, que además es la mía, encargó a una serie de filósofos la elaboración de una nueva filosofía. Y me estoy refiriendo, claro, a todo este asunto de los nuevos filósofos. Y una filosofía no se hace por encargo.

— ¿A qué crees que se debe, en todo caso, ese encargo?

— Es normal. Mira, hoy todo el mundo se da cuenta de que es necesario un cambio filosófico. El marxismo no ha servi-

do más que para poner un ligero parche al capitalismo. De todas maneras, lo lamentable del caso francés es que precisamente haya sido la burguesía quien la haya encargado. Hace falta algo que nos lleve más lejos. Y todavía, a pesar de todo, no he visto, por ejemplo, a un marxista que sea democrático.

— ¿Y los eurocomunistas?

— Bueno, eso no se lo cree ni el propio Carrillo.

— Pues parece muy convencido.

— Eso, repito, no se lo cree ni él, conozco su partido, cómo funciona y cómo funcionaba. Nunca me he afiliado a él pero sí he dado conferencias conjuntamente y ha salido muy mal. Han intentado cortarme el diálogo abierto ante ciertos problemas y les ha salido fatal. Les he dicho: señores, donde no hay libertad de expresión no tengo nada que hacer. Y no me ha importado que volvieran a llamarme hija de puta, porque para eso se ha puesto una precisamente ahí, para que la llamen hija de puta y la insulten, entre otras cosas.

— ¿A qué te dedicas ahora?

— Pues, a catalogar papeles viejos.

— ¿De qué vives?

— De rentas.

— Pues, vaya, se ve que la aristocracia todavía funciona a pesar de que no existe, según tú misma confesabas antes.

— Acabas de meter la pata, esas rentas no me las dejó mi padre.

— Y ¿de dónde te vienen, entonces?

— De los Maura y Herrera, mi abuela materna; tampoco pienses que recibo tanto: concretamente, 67.000 pesetas al año.

— ¿Conociste alguna vez a la «gauche divine» catalana?

— A algunos sí. De todas maneras eso le pega mucho más a Tamames o a Pradera que a mí, mira por dónde. Todos recordamos cómo Pradera mostraba orgulloso su carnet del PC en el Felipe II y la Policía no le decía absolutamente nada. Como también pensamos en Tamames reinstalándose, enviándonos invitaciones, tarjetones muy grandes para que asistamos a sus cócteles. Pues mira, chico, no me va, qué quieres que te diga, encuentro una cierta contradicción, un cierto deseo de tomar las maneras de la burguesía, muy poco adecuadas al grave momento de crisis que estamos viviendo. ●